

Acción colectiva en las clases populares de la Argentina contemporánea: un estudio de caso

Collective action in the popular classes in contemporary Argentina:
A case study

Marcelo Silvio Barrera¹
marcebarrera@hotmail.com

Resumen

El objetivo de este artículo es ilustrar un proceso histórico concreto de articulación entre redes sociales barriales y acción colectiva a partir del análisis de la génesis y continuo desarrollo organizacional de un movimiento social territorial en particular.

Palabras clave: acción colectiva, género, movimientos sociales, redes sociales.

Abstract

The paper's purpose is to illustrate a particular historical process of articulation between neighborhood social networks and collective action based on the analysis of the genesis and continuing organizational development of a territorial social movement in particular, viz. the Federation of Workers for Land, Housing and Environment.

Key words: collective action, gender, social movements, social networks.



¹ CONICET/Universidad de Buenos Aires. Avenida Rivadavia 1917, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, C1033AAJ, Argentina.

Introducción

El objetivo de este trabajo es ilustrar un proceso histórico concreto de articulación entre redes sociales barriales y acción colectiva a partir del análisis de la génesis y continuo desarrollo organizacional de un movimiento social territorial en particular, la Federación de trabajadores por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat (en adelante FTV). Para ello el trabajo comienza por dar cuenta someramente del contexto sociopolítico de "aparición" del mismo, para luego sí indagar en el papel desempeñado por las redes sociales barriales (conformadas por mujeres) y su entrelazamiento con las acciones colectivas protagonizadas por el movimiento.

Las reformas estructurales neoliberales: entre la desocupación y el retraimiento del Estado

Desde mediados de los '70 se produjeron en la Argentina cambios estructurales que modificaron las relaciones de fuerza en detrimento de las clases subalternas. Las políticas neoliberales fueron la línea de continuidad entre la última dictadura militar y los gobiernos democráticos que le siguieron. A partir del golpe de 1976 se conformó un nuevo bloque de poder, integrado por grupos económicos locales (GGEE) y conglomerados extranjeros (CE). Se estableció un nuevo patrón de acumulación basado en la desindustrialización y una diferente valorización del capital (se produjo una doble transferencia de ingresos del trabajo al capital y, dentro de éste último, al capital más concentrado) favorecida por una amplia gama de mecanismos de apertura y liberalización financiera, disgregando los capitales nacionales que confluían en la alianza policlasista del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI).

Fundamentalmente se asistió a un exorbitante crecimiento de la Deuda Externa (el Estado abasteció la demanda de dólares en el mercado de cambio, nacionalizó la deuda privada de los GGEE y CE, etc.). La creciente importancia de la Deuda fue paralela a una progresiva ingerencia de los organismos internacionales en la definición de la política económica del país.

Las políticas neoliberales aplicadas en los '90 profundizaron el modelo de acumulación instaurado en el '76, pues no sólo

debilitaron instituciones y organismos que limitaban las transferencias desde el Estado hacia el capital concentrado interno sino que crearon reglas de juego que lo favorecieron aún más. En efecto, en un contexto de crisis económica y de constantes tensiones sociales surgidas en torno a un profundo proceso de hiperinflación, el candidato del Partido Justicialista (PJ), Carlos Saúl Menem, triunfó en las elecciones y asumió anticipadamente la presidencia de la Nación en julio de 1989. El ascenso al poder del menemismo se llevó a cabo de la mano de una campaña electoral que articuló "los aspectos más plebeyos y tradicionales de la retórica peronista" junto con elementos *avant la lettre* como la proyección intencional de una imagen de triunfador en la vida (Nun, 1995). Una vez en el gobierno, el Presidente aplicó con suma celeridad y profundidad un conjunto de políticas económicas inspiradas en las recomendaciones formuladas por los organismos internacionales de crédito, que tuvieron su origen en los postulados del denominado "Consenso de Washington"². La consolidación de una cúpula económica que creció en este período representó una "gran burbuja" basada en el endeudamiento externo, la ausencia de inversión y la obtención de cuasirentas de privilegio por parte de la elite económica en el marco de una economía estancada.

No debe perderse de vista que, de modo coyuntural, entraron en crisis el fordismo y la regulación estatal de los mercados emparentada al *Welfare State*, es decir, entró en crisis un modelo de acumulación orientado al mercado interno y se puso en juego una nueva estrategia capitalista basada en la revolución tecnológica, nuevos procesos de trabajo, el desdibujamiento de las fronteras nacionales de los mercados y la valorización financiera del capital. Cambió la lógica de acumulación que pasó de la tasa de ganancia a la renta financiera.

En ese marco se observan dos grandes transformaciones: la reorganización general del trabajo y la redefinición del rol del Estado (Merklen, 2009). En lo que refiere a la primera, se debe destacar el quiebre de la sociedad salarial. En efecto, si hasta los años ochenta la sociedad argentina podía ser considerada una sociedad salarial (donde el 70 por ciento de la población activa se encontraba bajo relaciones salariales formales), luego de la primera reconfiguración "flexibilizadora" e "informalizadora" de las relaciones laborales iniciada por la última dictadura militar (1976-1983) y la brutal reestructuración neoliberal en los años noventa³, las relaciones salariales estables hacia el año 2003 se registraban en apenas un

² Para luchar contra el "estatismo" y el "populismo" (a los cuales consideran los causantes de las crisis de la región), los expertos del "Consenso de Washington" promovieron como objetivos a corto plazo la estabilización económica y el equilibrio fiscal, mientras que, para el largo plazo, consideraron que era necesario "achicar" el Estado, liberalizar los mercados locales y el comercio exterior, desregular la economía y promover las exportaciones de bienes con ventajas comparativas naturales y favorecer una legislación que facilitará las inversiones externas. Al respecto ver Gambina y Campione (2002).

³ El gobierno encabezado por Carlos Menem (1989-1999) aplicó con suma celeridad y profundidad un conjunto de políticas económicas inspiradas en las recomendaciones formuladas por los organismos internacionales de crédito, que tienen su origen en los postulados del denominado "Consenso de Washington". Los ejes principales de la política de gobierno menemista fueron: la apertura y desregularización de la economía, la reconfiguración y desestructuración del Estado, el achicamiento de la inversión pública con el objetivo de lograr equilibrio fiscal, así como también la flexibilización de las relaciones laborales. Al respecto puede verse Gambina y Campione (2002).

poco más de un tercio de la población activa. Lo cual demuestra que ha sido una minoría la que ha escapado a la desalarización masiva y ha podido sostener aun relaciones laborales estables, por el contrario, una mayoría mantiene relaciones laborales precarias, fundamentalmente en el marco de la economía informal, en condiciones de ilegalidad, con salarios escasos, y sin protección social alguna. El resto de la población activa se encuentra sin empleo. La desestructuración masiva de los lazos sociales que la transformación regresiva en el mundo laboral produjo, afecta no sólo, aunque si fundamentalmente, a las clases populares.

En lo que respecta a la segunda, es dable subrayar que el Estado abandonó su rol central en la economía a favor del avance del mercado, la aplicación de un vasto programa de privatizaciones de las empresas públicas bajo el menemato redundó en la mercantilización de innumerables bienes y servicios hasta entonces en manos del Estado. El otrora verdadero Estado social argentino no fue ajeno a los fuertes vientos del huracán neoliberal, a tal punto que redujo dramáticamente su participación en la generación de mecanismos de protección social. Ambas transformaciones afectaron drásticamente los soportes institucionales que desde hacía largos años eran nodales en la vida cotidiana de las clases populares, las que, huelga decirlo, también se vieron fuertemente perjudicadas.

De este modo el nuevo modelo que se inició en el '76 y que en sus aspectos esenciales se viene perpetuando (y profundizando) hasta la actualidad ha generado una situación que podemos caracterizar del siguiente modo: primero por la disgregación de la clase obrera a partir del proceso de desindustrialización y la "simplificación" de las nuevas estrategias productivas, proceso signado por la caída del empleo industrial y del trabajo asalariado, y caracterizado por la crisis de la cultura obrera y la pérdida de una identidad social; segundo, y ligado a lo anterior, la fragmentación del campo popular a partir de la terciarización del trabajo, la "individualización" del trabajo (ocupaciones que por su naturaleza no permiten elaborar una experiencia laboral compartida), niveles de *desocupación*, subocupación y precarización laboral inéditos en la historia.

La disgregación de las clases sociales tradicionales, a partir de la fragmentación y heterogeneización social, se refleja en la consecuente pérdida en la capacidad de lucha y del grado de autonomía política conquistado en el pasado. Las viejas identidades sociales, como las del movimiento sindical, permanentes y macizas, se reemplazaron por identidades fluidas y precarias, tan precarias como el mercado de trabajo. Siguiendo a Ariel Ogando, podemos afirmar que no existe ya un centro que organice la sociedad y permita explicarla. El nuevo terreno es "gelatinoso, borroso, incierto" y se hace difícil vislumbrar horizontes de futuro que permitan diferir las expectativas del presente (Ogando, 2001). La característica de las acciones de resistencia de las clases subalternas es, principalmente, su discontinuidad y dificultad para manifestarse en el campo político (Campione, 2000). El panorama actual se distingue por la ausencia de un conflicto central, antes representado por la oposición entre el capital y el trabajo, como consecuencia de la fragmentación del

conflicto, ahora disgregado en una multiplicidad de antagonismos que se muestran sin relación unos con otros.

La magnitud de la crisis social producida en la Argentina en los últimos veinticinco años ha sido y es tan profunda que ha convertido a ésta última en "un país de catástrofe social" (Merklen, 2009, p. 146, la traducción es nuestra). Un país en el que al proceso masivo de desocupación, precarización laboral y desafiliación social debe agregarse el hecho de que las instituciones (me refiero fundamentalmente al Estado social y los sindicatos) que se encontraban presentes – sin duda de forma diferencial y también defectuosa – en prácticamente todos los dominios de la vida cotidiana de los sectores más carenciados de la población abandonaron sus funciones, dejando sumido a este sector social de la población en el marco de una fuerte desorganización de sus prácticas sedimentadas e institucionales.

Es ese marco (de crisis de desocupación y retraimiento del Estado) el que impulsa y condiciona el proceso de *inscripción territorial* de las clases populares iniciado en la década del ochenta (Merklen, 2009). El barrio ocupa desde esos años en adelante un lugar central en la configuración identitaria de las clases populares. El territorial local (el barrio) devino para estos sectores el locus central de refugio, de defensa de sus estilos de vida y también de "plataforma" de acciones colectivas tendientes a interpelar al sistema político. Las relaciones sociales de tipo territorial se constituyen como nodales en la cotidianeidad y sociabilidad política de las nuevas clases populares, a tal punto que devienen su modo particular de integración y (re)afiliación social. Las personas en situación de pobreza, desafiliados y marginales encuentran sus mecanismos de inserción ya no en el espacio donde trabajan (la fábrica) sino en el que viven (el barrio). En palabras de Denis Merklen "el territorio [...] es un espacio social que adopta un numero creciente de funciones sociales, esenciales para los individuos [pertenecientes a las clases populares]. Es una fuente de identidad individual y colectiva, de una identidad que ya no es más masivamente moldeada por el trabajo" (Merklen, 2009, p. 19-20, la traducción es nuestra).

La figura del barrio se constituye en sede específica de solidaridades primarias (fundadas en lazos de cooperación e intercambio) que son el humus asociativo sobre el cual se edifican movimientos y organizaciones propias, las que en su interior elaboran intersubjetivamente demandas colectivas. Demandas que son instaladas en el espacio público a partir de acciones públicas "interpelatorias", generalmente dirigidas a las instituciones (locales en la mayoría de los casos aunque también nacionales) encargadas de la gestión de las políticas sociales.

El proceso social, que comienza en los años ochenta, de acción colectiva que configura las diversas experiencias de tomas de tierras y constitución de los asentamientos populares en la zona sur de la provincia de Buenos Aires y las acciones allí desplegadas expresan e ilustran cabalmente la forma típica que asume la inscripción territorial local de las clases populares. De tal forma que, para ver realizado el proyecto inicial, que es la construcción de un barrio que se ajuste a las normas urbanas (en oposición a las denominadas villas miserias), los integrantes

del movimiento (en esa instancia conformado por el grupo de los primeros tomadores⁴) en un primer momento ocupan terrenos de propiedad estatal o privados, para luego, a partir de lograda su instalación (por lo general muy precaria) y de profundizar los lazos sociales, comenzar a demandar (ya como vecinos), por medio de acciones colectivas, a las instituciones públicas locales – fundamentalmente, pero no sólo, el municipio – bienes y servicios, así como también articular esas demandas con otras organizaciones barriales, las que asimismo interpelan, demandan e interactúan generalmente con instituciones de status local.

En las últimas décadas, a partir de un conjunto amplio de experiencias populares de tomas de tierras y asentamientos populares, se han ido configurando una serie de movimientos – que bien podemos denominar movimientos territoriales – que plantean tanto reivindicaciones materiales como políticas de reconocimiento e integración. Son de carácter transversal, no es su rasgo clasista el que las define, aunque es clara su composición popular, sino más bien el hecho de englobar a sectores oprimidos. En lo que sigue indagaremos un caso en concreto de estas experiencias, analizando específicamente el papel que en ella ocupan las relaciones entre redes sociales, género y acción colectiva.

Movimientos sociales territoriales, redes sociales y acción colectiva a la luz de un caso empírico

La FTV se constituye formalmente como tal (adquiriendo personería jurídica) el 18 de julio del año 1998, día en que en la Capital Federal, en el marco de la Central de Trabajadores Argentinos⁵, pero con la presencia de un conjunto destacado de delegados y representantes de organizaciones nacionales e internacionales, se efectúa el primer Congreso Nacional de Trabajadores por la Tierra, La Vivienda y el Hábitat. La FTV se forma con el objetivo de aglutinar y representar a un conjunto amplio de actores y organizaciones preexistentes (que en muchos casos ya formaban parte de la CTA) que tienen en común una marcada impronta identitaria colectiva territorial, de tal modo que desde

un comienzo la Federación persigue “la unidad de todos los que estamos cruzados por el mismo tema: que es la tierra”⁶ (CTA, 1998, p. 6). Entre los que se hallan, el movimiento de ocupantes e inquilinos, diversas organizaciones campesinas, movimientos aborígenes, etc.

En torno a la relación entre la central sindical y la FTV se destaca el hecho de que desde sus comienzos esta última ha tenido altos grados de autonomía (en lo relativo a las definiciones y posicionamientos políticos, en la decisión de participar o no en marchas convocadas incluso por la CTA, en lo que refiere a la relación con el Estado, etc.) frente a la primera.

Si bien la FTV como tal surge hacia fines de los años noventa, su constitución como movimiento social urbano que se asume “de origen territorial” y que reclama para sí una identidad fundada “al calor de las luchas reivindicativas en el territorio, focalizada en el acceso a la tierra, los servicios básicos, la vivienda digna y el hábitat” (FTV, s.d., p. 1) tiene sus orígenes en las tomas de tierras efectuadas en La Matanza en la década de 1980, las que dieron lugar a los primeros asentamientos en el Gran Buenos Aires⁷.

La conformación de los asentamientos – los que a la postre se constituirían en el bastión de lo que hoy es la FTV – en el Partido de La Matanza, en el Gran Buenos Aires, fue el resultado de la ocupación de terrenos estatales y privados (en un comienzo efectuada por 200 familias aunque luego esa cifra no dejaría de aumentar) ubicados en las localidades de Ciudad Evita, Gregorio de Laferrere e Isidro Casanova.

La destrucción de su hábitat, que sufrieron en el año 1985 los vecinos del barrio La Reserva – en Gregorio Laferrere – a partir del anegamiento producido por las grandes inundaciones que se sucedieron en ese año del arroyo que lo atravesaba (Arroyo Mario), se constituyó en el escenario de un proceso de organización “desde abajo” en el que convergieron junto con los vecinos afectados militantes tanto de las Comunidades Eclesiales de Base (CEB) como del Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ). El 6 de enero de 1986, luego de algunos meses de planificación y preparación se produce por parte de 200 familias (asistidas por las organizaciones ya señaladas), la toma de tierras fiscales en lo que hoy es *El Tambo*. Así lo relata una de sus protagonistas:

⁴ Es el grupo que va a dar origen a la “toma”, considerada la misma no sólo como fenómeno, sino como grupo social que genera el fenómeno. Al respecto ver Merklen (1991).

⁵ La Central de Trabajadores Argentinos (CTA) es una central sindical fundada en 1992 que admite la afiliación individual y directa (y el voto directo) tanto de trabajadores autónomos y cuentapropistas, como también de los trabajadores subempleados o desempleados carentes de representación sindical. Asimismo, desde sus comienzos, otra de sus notas distintivas ha sido la articulación con otros diversos sectores sociales a partir de la apertura de su estructura a otras organizaciones sociales. En tal sentido, en el año 1999 se formalizó un modelo organizativo por federaciones, a partir del cual en el marco de la CTA se han conformado distintas federaciones por ramas de actividad, como la industria, la comunicación, como también federaciones con base en organizaciones territoriales y sociales, como es el caso de la FTV.

⁶ Palabras extraídas del discurso pronunciado por Luis D’ Elia en representación de la Cooperativa Unidad, Solidaridad y Organización (U.S.O.) de la Matanza (en tanto integrante de la Red de Barrios) en el marco del Primer Congreso Nacional de Trabajadores por la Tierra, La Vivienda y el Hábitat de la CTA.

⁷ Para un análisis exhaustivo del proceso de tomas de tierras y configuración de asentamientos en La Matanza recomendamos la lectura de los estudios realizados por Merklen (1991).

El Tambo se creó en el año 1986 en la Matanza [...] se organizó la toma con vecinos que estaban sufriendo inundaciones frecuentes, cada vez que había grandes lluvias se inundaban, entonces empezamos a organizarnos, matrimonios jóvenes, como nosotros que recién nos habíamos casado y no teníamos vivienda [...] más mucha otra gente que cuando vio la organización de la toma se sumaron desde distintas partes del conurbano, era un aluvión de personas... inclusive de distintos distritos, veían en la televisión y bueno se venían (Guadalupe⁸, 49 años).

El "éxito" de los tomadores en El Tambo (desde ese momento y hasta nuestros días centro político-organizativo de lo que luego sería la FTV) produjo un efecto multiplicador de esperanzas y expectativas por el cual se acercaron de forma apremiante miles de "necesitados", lo que impulsó nuevas tomas de tierras y la creación de otros asentamientos. De forma tal que luego de El Tambo (que es hoy el más pequeño) le seguirían cronológicamente el asentamiento *22 de enero* ubicado en Ciudad Evita, y el propio denominado *17 de marzo* situado en la localidad de Isidro Casanova. En los dos últimos casos es el día en que se produce la ocupación de las tierras el hecho que le otorga su nombre. Nótese que la toma y ocupación de tierras se ha incorporado en el acervo de repertorios de acción colectiva de las clases populares como modo de "conquistar" un espacio "digno" donde poder habitar, prueba de ello es que en la actualidad hay en La Matanza otro conjunto de barrios que tienen su origen en distintos procesos de tomas de tierras; el denominado Latinoamérica es uno de ellos.

A partir de la toma de tierras que dio lugar a la conformación del asentamiento, y luego el barrio, El Tambo, se constituye en su seno como espacio comunitario y de trabajo la Cooperativa Unión, Solidaridad y Organización (U.S.O.). A partir los años 1992-1993, con la Cooperativa U.S.O. como centro político-organizativo, se inicia un proceso de conformación de redes barriales y comunitarias integradas por diversos grupos y organizaciones de base como cooperativas de trabajo y con otros fines, jardines maternos, comedores populares, guarderías infantiles, entre otras, que en muchos casos fueron creadas *ipso facto* y en otros ya eran parte de El Tambo o pertenecían a los barrios aledaños.

Fue la necesidad de encontrar soluciones colectivas frente a los problemas cotidianos (como la ausencia de asfalto y de alumbrado público pero también frente a las carencias más

"inmediatas" como la necesidad de alimentos) la que impulsó la colaboración y coordinación de actividades entre los distintos grupos pertenecientes a los diversos barrios circundantes a El Tambo, conformando y fortaleciendo así la *Red de Barrios*.

Desde sus inicios, la "Red" no ha dejado de expandirse⁹ territorialmente, incorporando tanto nuevos grupos como nuevos barrios. Asimismo, desde el comienzo de la segunda mitad de la década del noventa, el entramado de organizaciones de base que la constituía fue ampliándose a partir de "articular" y "cohesionar" con otros actores sociales que también se veían afectados por los efectos sociales de las políticas neoliberales -aumento inédito de desempleo y con el de los niveles de pobreza e indigencia- aunque no forzosamente "compartieran el mismo territorio".

En el año 1997 la "Red", bajo el liderazgo de Luis D' Elia, se moviliza a la Carpa Blanca¹⁰ instalada recientemente ese mismo año por los docentes frente al Congreso de la Nación para, a un mismo tiempo, demandar ayuda alimentaria y solidarizarse con los docentes "en lucha". En ese contexto, establece las primeras conversaciones informales con el entonces titular de la CTA, Víctor De Gennaro¹¹. Unos meses después, más precisamente en julio, un conjunto de dirigentes nucleados en la "Red" deciden "ocupar" la iglesia Sagrado Corazón de Jesús ubicada en la localidad de San Justo en el partido de La Matanza, la cual representaba un espacio conocido para muchos de ellos/as dado que, como ya lo hemos señalado, en numerosos casos habían sido parte de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), promovidas desde ese templo. La "toma" se realiza con el objeto de otorgarle visibilidad social a su situación de desocupación y carencia material, "denunciar la ausencia del Estado" y "reclamar todo lo que hace a la parte reivindicativa del sector".

La acción contenciosa que representa la "toma" de la parroquia constituye un acontecimiento central en la historia de la "Red" - y en la conformación de organizaciones de trabajadores desocupados en el Gran Buenos Aires - dado que no sólo por primera vez se distribuyen planes sociales en el conurbano bonaerense (Cross, 2006) sino también porque el "éxito parcial" de la misma permitió en los actores la posibilidad de experimentar una "victoria" - lo cual les "dio fuerza" - y permitió ir vislumbrando una forma de obtener recursos (tales como los "planes sociales") para fortalecerse y "apuntalar" la organización de sus bases de apoyo en los barrios al margen de las estructuras y redes clientelares barriales del Partido Justicialista.

⁸ Este como todos los nombres de los/as entrevistados/as se han ficcionado a fin de preservar la confidencialidad de los mismos/as.

⁹ En su investigación, Dolores Calvo sostiene a partir de los testimonios que pudo recolectar que la "Red" "comenzó agrupando, en 1993, 4 barrios vecinos a El Tambo; en el año 1995, ya sumaban 23 barrios, en 1996 entre 30 y 35, y a mediados de 2003 aproximadamente 100" (Calvo, 2006, p. 53). A partir de un testimonio que hemos podido recoger en el año 2005 superaba "holgadamente" los 100 barrios.

¹⁰ La Carpa Blanca fue instalada el 2 de abril de 2007 frente al Congreso de la Nación por los docentes nucleados en la Confederación de Trabajadores de la Educación (CTERA), entidad gremial de segundo grado perteneciente a la CTA, para reclamar una ley de Financiamiento Educativo. La protesta finalizó hacia fines del año 1999 cuando los docentes "levantaron" la Carpa luego de que el senado aprobara una ley de presupuesto que incorporó un fondo educativo especial para los años 2000 y 2001.

¹¹ Actualmente Víctor De Gennaro es Secretario de Relaciones Institucionales de la CTA.

La instalación pública de las demandas frente al Estado –en ese caso a nivel provincial– mediante acciones contenciosas comenzaba a devenir en el conurbano bonaerense una forma de interpelar “exitosamente” a los Poderes Públicos. Pero también es un momento histórico crucial, porque como lo ilustra el último testimonio comienza a producirse una “redefinición de las demandas” (Calvo, 2006) exigidas por parte de las organizaciones territoriales – en particular la “Red” –, de allí en más, coincidiendo con un momento en que las dos cifras en los registros de desempleo abierto y subempleo se vuelven un dato estructural e incluso los registros de ambas variables comienzan a tomar proporciones inéditas, el eje central de sus demandas y actividades ya no será la lucha por la tierra y la vivienda (lo cual no significa que se abandone como tópico reivindicativo y de construcción política) sino que girará fundamentalmente en torno a la problemática del desempleo¹². Pese a que la FTV no surge como una organización de trabajadores desocupados, la “toma” de la parroquia es el momento en que las organizaciones territoriales agrupadas en la “Red”, que apenas un año más tarde configurarían la FTV, comienzan a asentar sus bases de apoyo y representación en los trabajadores desocupados o precarizados, y a forjar como organización una impronta colectiva piquetera, la cual adquiere gran visibilidad pública a partir de que es foco de la mirada de los medios masivos de comunicación.

El año 1998 es, como ya lo hemos señalado, el año en que se conforma la FTV como tal. Pero también será el momento en que se configura el sector de los trabajadores desocupados de la Corriente Clasista y Combativa¹³ (CCC), organización junto con la cual la FTV constituirá una fuerte relación política (una alianza) conformando en el marco de la protesta protagonizada por las organizaciones de los trabajadores desocupados el denominado “eje matancero” (Svampa y Pereyra, 2003, p. 45). Junto a esta protagonizará a lo largo de ese año y los siguientes innumerables y diversas de acciones colectivas contenciosas.

La FTV tendrá su “bautismo” (Masseti, 2009, p. 73) como organización piquetera¹⁴ bajo el gobierno de La Alianza (1999-

2001). En junio del año 2000, más exactamente el día 29, en el que adopta en su repertorio de confrontación el corte o interrupción de rutas o calles, al cortar la ruta nacional n° 3 en el Partido de La Matanza a la altura de la localidad de Isidro Casanova¹⁵.

La dinámica de alta conflictividad entre el gobierno nacional y la FTV en el período¹⁶ en que gobernó La Alianza (1999-2001) tiene un momento particularmente intensivo en el marco de un nuevo corte de la ruta n° 3 pero que a diferencia del anterior se extendió cinco días, desde el 31 de octubre al 4 de noviembre de 2000.

Finalmente, luego de los vaivenes y tensiones propias de toda negociación, el piquete “triumfa” y se firma un Acta Acuerdo entre la FTV (junto a la CCC) y el Gobierno Nacional a partir de la cual este último (mediante la firma de la entonces ministra de Trabajo, Patricia Bullrich) se compromete a realizar un fuerte incremento en la cantidad de planes de empleo¹⁷ (alrededor de 9.000 planes sociales), construir hospitales y aulas en distintos colegios del distrito, así como también asume el compromiso de enviar una suma relevante de alimentos a la zona, entre otras demandas de las organizaciones.

En el año 2001 se registran innumerables acciones colectivas de protesta por parte de la FTV, fundamentalmente en La Matanza, su centro político y contencioso más dinámico. En ese año, entre los días 7 y 23 de mayo, se produjo el corte de ruta más prolongado en ese Partido de la provincia de Buenos Aires, que fue realizado debido al no cumplimiento por parte del gobierno nacional de lo firmado en el Acta Acuerdo en el año 2000. Nuevamente, será luego de extensas negociaciones – de allí la prolongación de la acción contenciosa – entre el binomio FTV-CCC y los altos funcionarios nacionales (aunque mediada por altos funcionarios políticos municipales y provinciales) que se firma un nuevo Acta Acuerdo, esta vez incorporando demandas menos “elevadas”.

La extensión temporal del piquete, y la centralidad política que adquirió la FTV a partir de la disputa en el contexto de aquel, no sólo permite pensar que el piquete en el marco de la FTV ya se

¹² En el mes de agosto del año 2002, Luis D' Elia manifestará en una entrevista concedida al diario *Página/12*: “En el acta de fundación [se refiere a la FTV] el objetivo declarado siguió siendo la lucha por la tierra, pero la cuestión del trabajo empezaba a aparecer como el eje principal”, entrevista citada en Escudé (2005, p. 12).

¹³ La Corriente Clasista y Combativa (CCC) nace en el año 1994. En el año 1996, la misma se propone la organización del movimiento obrero en sus tres “vertientes”: los trabajadores ocupados, los jubilados y pensionados y los trabajadores desocupados. Pero no será sino hasta el año 1998 en que nazca el sector ligado a los sectores desocupados, cuyo centro político se halla en La Matanza, sitio en el que además vive su máximo dirigente, Juan Carlos Alderete. Luego de un breve período en que la CCC converge con la FTV en lo relativo a las lecturas, posiciones políticas y expectativas divergentes frente al gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007), el progresivo distanciamiento crítico frente a las políticas del gobierno será el motivo central del distanciamiento sucedido en el año 2004 entre la CCC y la FTV.

¹⁴ Piquetera es un neologismo que proviene de la acción misma de quienes protagonizaron una nueva forma de protesta: el piquete. El mismo designa la acción de cortar la ruta con sus propios cuerpos más la ayuda de algunos elementos (como la quema de neumáticos, la colocación de piedras, etc.).

¹⁵ Ese fue el primer gran corte de ruta en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Al respecto ver Massetti (2009).

¹⁶ Para un análisis en profundidad de la relación entre la FTV y el gobierno nacional en ese período puede consultarse Calvo (2006).

¹⁷ Como lo subrayan tanto Svampa y Pereyra (2003) como Calvo (2006), en ese período (1999-2001) se suceden cambios en la intervención estatal en materia de política social. Específicamente en el manejo de los programas y planes de empleo se destaca entre otros aspectos el traspaso de la gestión y negociación de los mismos de la órbita municipal o provincial a la nacional.

encontraba "consolidado" como acción colectiva contenciosa de instalación pública de las demandas y de obtención de recursos sino que asimismo "la contienda dio un definitivo impulso al proceso de posicionamiento afirmativo de la auto-organización como actor político nacional en la escena pública" (Calvo, 2006, p. 131). Proceso que irá a la par de su crecimiento cuantitativo en tanto organización de proyección nacional. En efecto, como lo hemos visto desde el año 2000, la FTV, utilizando como repertorio de confrontación al corte de ruta o "piquete", vuelca todos sus recursos organizativos (capacidad de movilización, energías de sus militantes, etc.) a demandar públicamente trabajo y a conseguir subsidios de desempleo ("planes sociales") para sus participantes. Hacia finales del año 2001 "administraba"¹⁸, al menos, 20.000 planes del Plan Trabajar II, III, más otros 10.000 provinciales (diario *Clarín in* Massetti, 2009, p. 73). A partir de la obtención de estos recursos es que "por sí misma" la organización pudo comenzar a extenderse y desbordar territorialmente los límites del territorio matancero (más allá del sustantivo crecimiento organizativo y la notable proyección nacional previos que supuso incorporarse a la estructura de la CTA hacia fines de los años noventa).

En ese contexto de crecimiento, los recursos obtenidos a partir de "la conquista" de los planes sociales sirvieron no sólo como elementos "atractores" de actores individuales y de pequeños núcleos y organizaciones barriales preconstituidas (como sociedades de fomento, u otras experiencias asociativas) sino que también fueron utilizados como elementos activadores y dinamizadores de viejas y nuevas tramas organizativas (los denominados locales barriales) fundadas sobre bases sociales conformadas por redes barriales protagonizadas por mujeres.

Varones y mujeres de las clases populares frente a la crisis social: las redes sociales de mujeres sosteniendo la vida y ampliando la organización

La situación de crisis (la cual asumió como una de sus caras el desempleo masivo) que generó el proceso de reestructuración regresiva de la sociedad argentina desestructuró el mundo social deteriorando los soportes colectivos que configuraban la identidad de los sujetos. Sin embargo, tal desestructuración impactó y fue vivida de formas diversas por los hombres y mujeres de los sectores populares. Los trabajadores despedidos de sus trabajos (formales

e informales) e impedidos de ingresar nuevamente al mercado laboral vieron dislocados radicalmente tanto su vida cotidiana como sus marcos de interpretación.

Los varones desocupados, en algunos casos inmediatamente, mientras que en otros luego de una etapa variable en que, apelando a sus recursos conocidos y tradicionales, buscaron infructuosamente un nuevo trabajo (lo cual dio por tierra con la posibilidad de percibir su situación como transitoria), se vieron carentes de marcos de interpretación que les permitieran volver inteligible su situación social y, como consecuencia de ello, imposibilitados de protagonizar algún tipo de acción que redundara en la superación de su realidad, se aislaron en el ámbito privado de sus hogares. Así, Jorge relata:

Yo trabajaba en el sector privado, trabajé en empresas veinte años, en 1999 me quedé sin trabajo, y no conseguí más trabajo, estuve un año llenando formularios y no me llamó nadie, entonces ya ni siquiera quería salir a buscar trabajo porque era gastarme diez pesos en viaje todos los días y no conseguía nada [...] la realidad me golpeó y me golpeó duro porque al no conseguir trabajo me deprimí (Jorge, 51 años).

Se produce de esta forma en los sectores populares una dislocación en el modelo de varón como principal proveedor del hogar, asumiendo la mujer la responsabilidad como principal – sino única – proveedora económica del mismo. Como relata Gimena:

La crisis lo afectó mucho [se refiere a su marido] porque el ganaba bien y en la época de Menem se compró camioneta, teníamos auto, incluso terminó la casa. Cuando vino todo esto hubo que vender todo, y por nada, para poder comer, para poder vivir. El se reclusó en la bebida, pero yo salí a buscar una solución, ¡¡algo!!, en ese momento yo no trabajaba (Gimena, 49 años).

Sin embargo, el hecho de que la mujer se haya constituido en principal o única sostén económico del hogar no se tradujo mecánicamente en la adopción de roles no tradicionales por parte de los hombres en los hogares, sino que "sólo una pequeña parte pareció decidirse a participar en las actividades domésticas tomando buena parte de lo que hacía la cónyuge" (Barrancos, 2008, p. 169); lejos de la adopción de nuevos roles, la depresión, la vergüenza, el abandono de sí y/o del hogar y el encierro fueron los sentimientos y las acciones que se impusieron colectivamente entre los varones.

Por el contrario, las mujeres no se vieron impactadas de ese modo, lo cual permitió no sólo que salieran al espacio público a expresar sus demandas protagonizando acciones colectivas de

¹⁸ Aquí cabe realizar una aclaración acerca de los alcances del término administración. Los diversos programas de empleo existentes han otorgado y otorgan subsidios monetarios o "prestaciones", los que se cobran de manera personal y directa por su beneficiario. Un conjunto de organizaciones, entre las que se incluye la FTV, han "conquistado" la concesión por parte del Estado de determinada cantidad de planes sociales (varía según cada organización); es esa suma de planes sociales –que si tenemos en cuenta a todas las organizaciones representa alrededor del diez por ciento del total de planes sociales existentes– sobre los que la FTV tiene soberanía para decidir a quien otorgárselo (siempre que cumpla con los requisitos formales estipulados). La FTV garantiza frente al Estado la realización de la contraprestación por parte del beneficiado y asume la presentación administrativa de los formularios de cada uno de los beneficiarios.

resistencia, sino también que en muchos casos pudieran asumir la difícil tarea de acompañamiento y sostenimiento psicológico (escuchando, animando, acercando ideas, etc.) de los hombres desocupados del hogar. El sociólogo de origen francés Robert Castel ha sostenido que existe una fuerte correlación entre el espacio ocupado por el individuo en la división del trabajo, la participación en las redes sociales, y los sistemas de asistencia social que lo "protegen" frente a los riesgos de toda existencia. De tal modo, el trabajo productivo remunerado se vuelve el medio nodal por el cual el sujeto se inserta e integra socialmente. En este sentido, el trabajo no sólo es pensado como la actividad que garantiza la obtención de recursos materiales para la supervivencia de los individuos, sino que también provee mecanismos de integración vinculados a la protección social y la socialización de los trabajadores.

En la Argentina, los varones adultos de los sectores populares han tenido históricamente al trabajo productivo asalariado desempeñado principalmente en el sector formal urbano (y en menor medida el sector informal, caracterizado por las formas de contratación precarias) como canal privilegiado de integración social, de allí que la estructural y masiva desocupación los haya impactado de manera particular, dado que quebró dramáticamente la, hasta ese momento, relativa pero existente "asociación entre trabajo estable-inserción relacional" (Castel, 1995, p. 13, la traducción es nuestra) que al menos desde los años del primer peronismo (a partir del proceso de ampliación de derechos sociales y de la red institucional de seguridad y protección social que instituye) les había permitido vivir integrados socialmente.

Si bien las trayectorias laborales de los varones de los sectores populares se caracterizan por ser más inestables y precarias que las de otros sectores sociales, aun así las mismas se estructuraban a partir de extensos períodos de estabilidad y tanto escasos como breves períodos de desocupación; lo novedoso de la crisis de desocupación es que rompe con esa lógica dada la imposibilidad empírica de insertarse nuevamente en el mercado de trabajo (ya sea en el sector formal o informal), lo cual quebró las trayectorias laborales de los varones de los sectores populares, y con ello los mecanismos de integración y socialización provenientes de su inserción laboral.

En el caso de las mujeres de los estratos pobres, la crisis social no ha impactado tan drásticamente dado que históricamente las mismas han tenido en la comunidad más próxima, en el barrio, un canal nodal de integración social, la ausencia, o la presencia de marcado carácter transitorio e inestable en el mercado laboral, fundamentalmente en el sector informal, en situación de subocupación horaria, haciendo tareas de baja calificación en puestos asalariados comúnmente no registrados (cómo en los casos del cuidado de niños, el servicio doméstico), ocupando posiciones subordinadas, lo cual erosiona y dificulta sus capacidades relacionales, ha sido – y es – "remediada" con su activa presencia y participación cotidiana en el marco de la fluida vida comunitaria. En tal sentido es posible sostener que el proceso sociopolítico de inscripción territorial (tanto en los ochentas como

desde mediados de los noventas) de las clases populares ha tenido a las mujeres como actrices centrales del mismo.

En efecto, dada la división sexual dominante androcéntrica del trabajo que asigna a las mujeres la responsabilidad de conservar y reproducir la vida, las féminas de las clases populares efectúan diariamente trabajos (no remunerados) asociados con la obligación de garantizar la sostenibilidad de la vida humana, los cuales van desde la compra de bienes de consumo para atender las necesidades diarias hasta protagonizar tareas de cuidado, tanto en sus hogares como en el de sus vecinos. De allí que "las vidas de las mujeres de las clases bajas giran en torno a su trabajo como recolectoras y distribuidoras de los recursos sociales de la comunidad, trabajen o no como asalariadas fuera de sus casas" (Kaplan, 1990, p. 268). El alto grado en que las mujeres llevan a cabo su trabajo en el marco de la comunidad las pone en contacto entre sí, las experiencias comunes y las rutinas compartidas por estas mujeres (que de modo procesual moldean sus subjetividades) generan el fortalecimiento de lazos de solidaridad y un sentido de comunidad que une a las mujeres con otras dentro de su clase y su vecindario.

El amplio tiempo que estas mujeres transcurren conociéndose, protagonizando "relaciones cara a cara" en los espacios privados y públicos comunes de los barrios, los mercados comunitarios, plazas, en los cruces fortuitos en las veredas, esperas en los comercios vecinales, en las entradas de las iglesias, sumado a la proximidad física de los mismos, contribuye notablemente a la generación de redes barriales protagonizadas por mujeres, que si bien se caracterizan por su laxitud e informalidad, facilitan los estrechos vínculos que muestran su grado de cohesión y fuerza en momentos en los que se desarrolla la acción colectiva.

En un contexto en que la expresa política de abandono de las actividades y funciones de carácter social que realizaba el Estado impulsó el repliegue local de las prácticas y expectativas de los sectores populares, fueron las redes de mujeres las que se "activaron" para enfrentar la crisis. La desocupación, la pobreza, los problemas de la alimentación, el abandono o deterioro de su compañero, la inaccesibilidad a la salud y la educación, la ausencia de los servicios públicos más elementales, la imposibilidad de pensar en su futuro y en el de sus hijos, se hicieron palabras, imágenes y experiencias frecuentes (vividias tanto en forma individual como compartida) para estas mujeres, quienes no sólo devinieron administradoras cotidianas de los efectos de la crisis y las políticas neoliberales, sino que, recurriendo a los vínculos sociales de afecto, confianza y/o parentesco acumulados en las redes barriales, se asociaron y comenzaron a ensayar respuestas colectivas. Como relata Paula:

Los chicos se desmayaban en las escuelas por no tomar el desayuno en el colegio. En los colegios había cupos limitados, por lo tanto, no les daban a todos su desayuno. Entonces un día en la puerta de la escuela, mientras esperábamos a otras madres y mujeres del barrio que salieran los chicos, nos preguntamos ¿Qué podemos hacer? (Paula, 43 años).

El interrogante encontró una respuesta comunitaria:

Con un grupo de vecinas [...] llevábamos todos los días la olla al frente de la escuela, hacíamos mate cocido para los chicos, también hacíamos pan casero cortado, y lo repartíamos entre los chicos [...] de la escuela (Paula, 43 años).

Luego se trasladaron unos pocos metros hasta la esquina donde armaron "una copa de leche", la que se vio potenciada, tras el contacto que estableció Paula con un dirigente de la FTV y después de recibir donaciones (principalmente en alimentos) por parte de la misma, así como también, a partir de solicitar alimentos a los comerciantes del barrio, lograron con sumo esfuerzo alquilar un local y remplazar la insuficiente "copa de leche" por un comedor barrial. Hoy el local, que es parte de la extensa red de organizaciones de base de la FTV, se ha convertido en un jardín de infantes, que "también tiene comedor". Lo que se observa es un proceso de ampliación de los roles y "cargas" por parte de las mujeres de las clases populares, quienes asumieron e hicieron frente a nuevos roles (proveedora del hogar) y responsabilidades (fundamentalmente, pero no sólo, económicas, sino también psicológicas) a partir de apelar a sus capitales sociales y culturales acumulados, asumiendo y desempeñando roles tradicionales, pero ya no aisladas y de modo individual en sus hogares, sino, por el contrario, socializando sus experiencias, esfuerzos y roles en el marco del espacio público.

Ante la necesidad material propia, de sus familias y la de sus vecinos, expresada en la ausencia total de bienes y productos y/o en el acceso escaso e insuficiente a los recursos (monetarios y no monetarios), muchas mujeres se vieron impulsadas a buscar fuentes de ingreso alternativas. Para ello si bien debieron restringir su presencia en sus hogares. No obstante, ello no habilita a pensar que se produjo una suerte de "salida primeriza" de los mismos, fundamentalmente dado que las mujeres intentaron, como primera estrategia, hacerse de esos recursos en el marco de un espacio público limitado barrialmente, espacio ya conocido y frecuentemente transitado por ellas.

Su acercamiento a un local territorial de la organización, en la mayoría de los casos, se inscribe en el marco de un conjunto de estrategias de sobrevivencia (como pedir en los comercios de la zona, compartir los gastos con los vecinos) instrumentadas en algunos casos sólo con el fin de poder acceder a determinados recursos y, de ese modo, garantizar la reproducción cotidiana de los miembros de su hogar.

La participación inicial en la organización se encontró estrechamente ligada con su carácter de mujeres en su condición de madres cuidadoras del bienestar de sus hijos, sus motivaciones no son ajenas ni subvierten la división genérica del trabajo tradicional. En tal sentido, fue el conocimiento experiencial de los padecimientos de sus familias y de las que las rodeaban lo que las interpeló muy profundamente. En determinados casos fueron las necesidades padecidas por ellas y su familia nuclear las que las

impulsaron, mientras que en otros el motor de sus acciones fue el ejercicio de una maternidad que si bien no rechaza o cuestiona el paradigma de la mujer-madre, y que reproduce los elementos de cuidado del otro que caracterizan a la maternidad tradicional, sí pone en el centro de su preocupación ya no sólo a "mi(s) hijo(s)" sino también a "los hijos de", una "maternidad social" (Schmukler y Di Marco, 1997, p. 18) que se ejerce colectivamente, y que no se cercena a los límites de la familia nuclear, ni a su consiguiente autoencierro. Una forma de la maternidad que privilegia el protagonizar en el marco de su comunidad acciones solidarias y cooperativas con el fin de proteger a sus propios hijos y a los otros y, paralelamente, superar la pobreza y la indigencia.

Las modalidades de acercamiento a la organización que utilizaron fueron, fundamentalmente, dos: por un lado, la relación directa con un referente barrial (excepcionalmente un dirigente provincial o nacional), por el otro, el conocimiento indirecto del mismo, obtenido por medio del relato de un vecino o familiar que ya se encontraba en la organización, quien será el que proponga y/o facilite el contacto y el ingreso. Ambas modalidades tiene en común el hecho de que el soporte de esa vinculación es la red de carácter vecinal y/o familiar en la que las mujeres estaban insertas.

La organización expandió sus bases de apoyo a partir de las redes barriales de mujeres preexistentes. En tal sentido, cuando en el año 2002 Paula estaba desocupada, a raíz de que por la crisis tuvo que cerrar su taller de costura, se acercó a un dirigente para pedirle ayuda. Este la animó a que "construyera una lista de desocupados y armara el barrio". Ella eligió para integrar la lista en su cuasi-totalidad a mujeres de su comunidad que "estaban sin trabajo" y con las que había logrado poner en pie una "copa de leche". O como en el caso de Cecilia quien al acercarse:

Los compañeros de la organización [...] me dicen si quiero trabajar con un grupo de gente, entonces empecé a contactarme con un grupo de vecinos del barrio que necesitaban [...] Nos juntamos con un grupo de mujeres en una reunión en mi casa, [luego] yo ingreso con esa gente a la FTV, y la FTV me oxigena para que yo empiece a trabajar con ese grupo de personas. Eran vecinos que sí asumieron después de una charla que era necesario participar en el marco de la FTV (Cecilia, 45 años).

De ese modo, la FTV creció a nivel local activando redes barriales femeninas preexistentes que se encontraban relativamente estructuradas, redes que se vieron consolidadas y politizadas a partir de los recursos materiales y simbólicos ("planes sociales", alimentos, cursos de capacitación) que aportó la organización, así como también por la apertura de un espacio común (la sede o local) que se constituyó en un "centro" de encuentro de los integrantes de las redes y de consiguiente fortalecimiento de las mismas.

A su vez, la organización fue visualizada por estas mujeres como un espacio a partir del cual obtener recursos para los suyos, poder expresar sus demandas y "pelear por las necesidades del barrio", de suerte de producirse una verdadera afinidad electiva entre éstas y la organización. La acción centrada en lo territorial, que históricamente ha caracterizado a la FTV, se acentuó

notablemente a fines de la última década, ya que en ese momento desde la dirección de la organización se conceptualiza que:

Lo que se ve es que el sector más dinámico son los sectores desocupados, la gente de las barriadas, ya que los trabajadores estaban entrampados, que los pocos trabajadores que había estaban extorsionados, porque donde movían un poquito la cabeza eran despedidos. Entonces los trabajadores que se podían organizar estaban en el territorio, no adentro de las fábricas. Las nuevas fábricas eran el territorio, el lugar donde había que salir a organizar a los trabajadores, o a la clase trabajadora desocupada (Martín, 60 años).

De tal manera que la acción territorial, que coloca a lo local y las necesidades básicas como un eje fundamental de las demandas frente al Estado, se articuló con las prácticas comunitarias tradicionalmente "femeninas" vinculadas al sostenimiento material y el cuidado de los otros (con marcada presencia en la historia de las mujeres de los sectores populares).

Y claro, en el barrio el protagonista por lejos [lo subraya elevando la voz] más fuerte que hay son las mujeres. Si hablamos de género, es femenino, lejos, lejos, lejos. Vos hacés una reunión en cualquier barrio y de cada diez personas, ocho son mujeres (Martín, 60 años).

De tal modo, fueron y son las mujeres participantes de las redes mencionadas, hoy en la FTV, las que asumen en el marco de la misma las tareas comunitarias vinculadas con la reproducción material y el consumo diario (comedores, guarderías, roperos comunitarios, huertas) que los recursos económicos y alimentarios obtenidos y "donados" para y por la organización permiten sostener y desarrollar.

De tal forma que la necesidad de obtener recursos (monetarios o en especies) para sus familias, dado el estado de desocupación de sus compañeros y en muchos casos el deterioro subjetivo que el mismo acarrió en ellos, es una dimensión que permite comprender el proceso en el cual una gran cantidad de mujeres de las clases populares, ya sea de forma individual o colectivamente, apoyándose y activando las redes barriales por ellas conocidas, decidieron de manera asociativa o personal integrarse en movimientos sociales territoriales (en nuestro caso en la FTV). Sin embargo, sostenemos que para obtener una interpretación más acabada acerca del porqué se registra una masiva participación en este tipo de movimientos no puede soslayarse otro factor fundamental. Nos referimos a la relación entre territorio y participación sociopolítica de las mujeres. La militancia territorial es un tipo de militancia particular que contiene determinadas especificidades que no sólo la diferencian de otros tipos (sindical, partidaria, estudiantil, asociativa, etc.) sino que la constituyen como tal y que la vuelven particularmente "cercana y accesible" para las mujeres de escasos recursos, las cuales, dado que se ven imposibilitadas

de delegar tareas, roles y responsabilidades en otras mujeres, deben afrontar y lidiar en muchos casos solas, con jornadas de trabajo muy dinámicas y extenuantes en las que realizan múltiples labores (elaborar la comida, cuidar a los niños, lavar la ropa, etc.). Es factible indagar en los aspectos que particularizan a la militancia territorial a partir del análisis de dos dimensiones: la geográfica-espacial y la temporal.

En lo que refiere a la dimensión geográfica-espacial, la territorial es un tipo de militancia que se practica fundamentalmente (aunque no únicamente) en los límites territoriales pequeños y cercanos de un barrio. En efecto, exceptuando las acciones colectivas de protesta (marchas, etc.), que en muchas ocasiones requiere el desplazamiento de sus participantes a lo largo de varios kilómetros, la militancia cotidiana de estas mujeres se realiza en el marco del barrio en el que habitan. A veces el local donde desarrollan la militancia se encuentra a escasas cuadras, en otras ocasiones a sólo metros de sus viviendas. Tal proximidad geográfica permite y facilita lograr por parte de estas mujeres una relativa armonización y articulación de actividades, tareas y tiempos propios de la vida privada y de sus prácticas de participación sociopolítica que no son de fácil complementación, lo que en los otros tipos de militancia es aún más difícil conciliar. En efecto, las mujeres militantes poseen una multiplicidad de inserciones ancladas en diversos espacios sociales (el espacio de la militancia territorial es apenas uno de ellos) que contienen diferentes normas, reglas y lógicas. La heterogeneidad de las mismas repercute en la cotidianeidad de estas mujeres generando tensiones y conflictos por la extrema dificultad que representa su conciliación. Estas tensiones, que son "constitutivas del involucramiento político, aunque susceptibles de adoptar diversas formas y grados" (Gottraux *in* Fillieule, 2005, p. 207, la traducción es nuestra), pero que sin duda – a partir de lo que ya hemos señalado – es posible sostener que afectan de modo más profundo a las mujeres, son tanto de carácter ideal como material. Son tensiones materiales dado que se producen tensiones objetivamente determinadas por la pluralidad de inserciones sociales, lo que ocurre dado que el principal recurso para poder dar cuenta correctamente de las dinámicas y responsabilidades particulares que requiere cada una de las inserciones, esto es, la disponibilidad de tiempo, es muy limitado; e ideales ya que los agentes atribuyen diversos sentidos a las limitaciones que las tensiones conllevan. Así, los diversos espacios sociales donde se insertan estas mujeres son para ellas espacios donde se van a moldear elementos de su identidad y representaciones, que lógicamente pueden entrar en conflicto entre ellos.

La cercanía con el local en donde militan facilita a las mujeres militantes afrontar las tensiones de tipo material al permitir lograr transitar con ciertos grados de fluidez en su cotidianeidad entre el mundo público-político y la vida privada, de tal manera que, como hemos observado, en ocasiones ocurre que estas mujeres se ausentan "un ratito" de una reunión para retirar a sus hijos a la escuela (ubicada a escasas cuadras), para luego volver con los niños "para el cierre" de la misma, o como en el caso de otra mujer, quien pasa gran parte de su día en el local, sólo se retira para ir a buscar a su hijo a la escuela y llevarlo a su

casa (donde lo deja con la abuela) para luego volver al mismo¹⁹. El desdibujamiento (que es parcial, no total) de las fronteras entre lo público y lo privado ya se encontraba incluso en la propia conformación del espacio donde comenzó a reunirse el grupo que luego conformó uno de los locales observados a lo largo del trabajo de campo. En efecto, fue la casa (símbolo del ámbito de lo privado) del que luego sería el referente barrial el ámbito que funcionó por mucho tiempo como local, como espacio en donde se realizaban las reuniones.

En lo relativo a la dimensión temporal, la militancia territorial se caracteriza por desarrollarse en el marco de una cierta flexibilidad como maleabilidad en los tiempos y horarios de las diversas actividades y emprendimientos productivos, si bien algunas tareas y espacios (participación en la copa de leche, asistencia a la asamblea semanal) tienen horarios prefijados (no así los emprendimientos productivos, en los que lo relevante no es el horario sino cumplir con los plazos) los mismos pueden ser revisados y modificados si las personas que los "sostienen" así lo consideran (quienes son los que los han pautado). La plasticidad de los tiempos que ello conlleva facilita la participación de las mujeres, dado que les permite mayor libertad para amalgamar más fácilmente tiempos privados y públicos. Lo cual se ve potenciado por el hecho de que las mujeres constituyan una mayoría en la organización, dato que es tenido en cuenta por los referentes y dirigentes en el momento de planificar determinadas prácticas colectivas, por ejemplo, en la organización de una marcha se ha manifestado por parte de un referente barrial que "debía ser más tarde del horario en que salen los chicos de la escuela".

A partir de lo expuesto podemos afirmar que el impacto subjetivo diferencial por género que produjo la crisis de desocupación (Andújar, 2006) y la consiguiente necesidad de recursos monetarios y no monetarios (ante la situación de desempleo del proveedor "tradicional" del hogar) permite comprender un aspecto de lo masivo de la participación de las mujeres en los movimientos sociales territoriales, dimensión que a nuestro entender debe ser articulada junto con otra, las especificidades que constituyen a un tipo de militancia que hemos denominado como territorial, las cuales son un factor relevante para comprender por qué las mujeres de los sectores populares les es factible protagonizar un proceso exitoso de acercamiento, inserción y de continuidad militante en los movimientos territoriales en general, y en la FTV en particular.

Conclusiones

A lo largo del artículo hemos colocado nuestro foco de análisis en el modo en que en el marco de un movimiento social territorial en particular, la FTV, las redes barriales populares

(conformadas fundamentalmente por mujeres) y las acciones colectivas se imbricaron mutuamente en tanto respuesta colectiva a las condiciones de pauperización económica, pero también de fragmentación y desarticulación de las organizaciones tradicionales (sindicatos, etc.) de representación de intereses de las clases populares, generadas por la aplicación de las políticas neoliberales. La crisis social impactó de modo diferencial en la subjetividad de hombres y mujeres; fueran principalmente las mujeres las que asumieron no sólo el desafío de protagonizar la denuncia pública de tales políticas excluyentes, sino que también fueron ellas las encargadas de administrar diariamente los efectos concretos de las mismas.

Referencias

- ANDÚJAR, A. 2006. Crisis y alternativas en la historia argentina reciente: los movimientos piqueteros (1996-2001). *Nuestra América: Revista de Estudios de la Cultura Latinoamericana*, 2:34-48.
- BARRANCOS, D. 2008. *Mujeres, entre la casa y la plaza*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 158 p.
- CALVO, D. 2006. *Exclusión y política: estudio sociológico sobre la experiencia de la Federación de Trabajadores por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat (1998-2002)*. Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 185 p.
- CAMPIONE, D. 2000. *Los problemas de la representación política y el movimiento social. Algunas reflexiones críticas*. Buenos Aires, Biblos, 202 p.
- CASTEL, R. 1995. *Les métamorphoses de la question sociale*. Paris, Fayard, 257 p.
- CROSS, C. 2006. *Las estructuras de movilización y las oportunidades políticas en el estudio de los movimientos sociales: el caso de una organización piquetera*. Buenos Aires. Tesis de maestría. Universidad de Buenos Aires, 208 p.
- ESCUDÉ, C. 2005. *Los piqueteros: Prebendas y Extorsión en los Estratos Marginales de un "Estado Parasitario"*. Serie de Documentos de Trabajo n° 278. Buenos Aires, Universidad del CEMA, 79 p.
- FILLIEULLE, O. 2005. Temps biographique, temps social, et variabilité des rétributions. In: O. FILLIEULE (comp.), *Le désengagement militant*. Paris, Belin, p. 204-221.
- GAMBINA, J.; CAMPIONE, D. 2002. *Los años de Menem : cirugía mayor*. Buenos Aires, Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, 170 p.
- KAPLAN, T. 1990. Conciencia femenina y acción: el caso de Barcelona, 1910-1918. In: J. AMELANG; M. NASH (comps.), *Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*. Valencia, Alfonso el Magnánimo, p. 245-270.
- MASSETTI, A. 2009. *La década piquetera (1995-2005): acción colectiva y protesta social de los movimientos territoriales urbanos*. Buenos Aires, Nueva Trilce, 137 p.
- MERKLEN, D. 1991. *Asentamientos en La Matanza: la terquedad de lo nuestro*. Buenos Aires, Catálogos, 210 p.

¹⁹ Las redes de parentesco o vecindad conformadas por mujeres en que están insertas las militantes son un sostén fundamental para el desarrollo de su participación, dado que es en estas redes de intercambio y ayuda mutua donde pueden delegar ciertas tareas y responsabilidades en los momentos en que su militancia no les permite hacerse cargo de las mismas. En tal sentido, ha sido frecuente a lo largo del trabajo de campo que las entrevistadas nos relataran que cuando van a un acto político o una marcha es un miembro adulto de su familia (madre, hermana o abuela) o una vecina quien se encarga del cuidado de sus hijos.

- MERKLEN, D. 2009. *Quartiers populaires, quartiers politiques*. Parias, La Dispute, 304 p.
- NUN, J. 1995. Populismo, representación y menemismo. In: J. NUN, *Pero-nismo y menemismo: avatares del populismo en la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones el Cielo por Asalto, p. 58-74.
- OGANDO, A. 2001. *Viejas y nuevas identidades sociales: desocupados y cortes de ruta en el noroeste argentino*. Buenos Aires, Biblos, 176 p.
- SCHMUKLER, B.; DI MARCO, G. 1997. *Madres y democratización de la familia en la Argentina Contemporánea*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 167 p.
- SVAMPA, M.; PEREYRA S. 2003. *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones sociales piqueteras*. Buenos Aires, Biblos, 230 p.

Fuentes primarias

- CENTRAL DE TRABAJADORES ARGENTINOS (CTA). 1998. Congreso Nacional de Trabajadores por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat, Buenos Aires, 18 de julio de 1998.
- Militantes de la Federación de trabajadores por la Tierra la Vivienda y el Hábitat (FTV). [s.d.]. Julio de 2008-septiembre de 2009.

Submissão: 12/01/2010

Aceite: 01/02/2010